

San Lázaro, donde había llegado con los trenes militares que conducían sus tropas.

Poco antes de salir, don Gustavo Madero, ante la exigencia de uno de sus amigos, que sospechó de lo que se trataba, había decidido no concurrir al banquete de Gambrinus, no obstante las instancias que le hacía el General Huerta; pero al fin resolvió acompañarlo cuando el General Delgado, cogiéndolo del brazo, le había dicho, véngase don Gustavo, que vean que usted no tiene miedo. Don Gustavo Madero volviéndose al amigo (5), que seguía insistiendo en que se retirara con él, le dijo, si no voy van a decir que tengo miedo de andar en las calles: como su amigo insistiera aún, le replicó, "no me ponga usted en ridículo," y marchó con los Generales Huerta y Delgado.

El General Huerta momentos después de llegar al restaurant, se separó de la reunión pretextando algo urgente y en un automóvil, rápidamente se fué a la Estación de San Lázaro por el General Rivera, a quien llevó a la Comandancia Militar. Al llegar a la oficina lo puso preso y así permaneció hasta dos días después del asesinato de don Francisco I. Madero.

(5)—Este amigo era don Angel Caso, en cuya casa estuvo el señor Madero el Domingo nueve después de su salida de Palacio. El señor Caso me refirió la anterior escena en el camino de México a Veracruz, en el mes de Octubre.



CAPITULO XLII.

EL TERCER CUARTELAZO

El Teniente Coronel Jiménez Riverol, de acuerdo con la orden recibida, y acompañado del Mayor Izquierdo, de un Capitán de Artillería y de don Enrique Zepeda, tomó de la guardia de Palacio treinta hombres y con ellos se dirigieron a los salones de la Presidencia, subiendo por la escalera principal. Penetraron en las salas de espera, atravesaron la sala de ayudantes, y llegaron al salón de acuerdos: allí formaron en línea a la tropa que quedó al mando del Sr. Zepeda, y los señores Jiménez Riverol e Izquierdo pasaron al salón contiguo donde estaban el Presidente, el señor Pino Suárez, varios Ministros, y algunos amigos.

El señor Jiménez Riverol manifestó al Presidente que había llegado el General Rivera, pronunciándose en favor de los felicitistas y temían que la guarnición fuera a secundar el movimiento por lo que creía el Comandante Militar que la primera providencia era poner en lugar seguro al Presidente de la República y comisionados para ello iban en su busca. El señor Madero se sorprendió con la noticia y pidió detalles, pues no podía creer que el General Rivera, a quien acababa de ascender, cometiera una deslealtad; pero le contestaron que no había tiempo que perder y tomándolo cada uno de

un brazo pretendieron llevarlo a la pieza inmediata. El señor Madero, al ver que se le sujetaba, comprendió que se le aprehendía, y haciendo un esfuerzo para desasirse de sus aprehensores, dijo: "así no voy." Los dos jefes pretendieron, casi arrastrándolo, llevarlo para la sala contigua, cuya puerta abrió Riverol: entonces el Presidente y los que con él estaban, vieron formada la tropa, El Capitán Garmendia inmediatamente, disparó su pistola sobre Jiménez Riverol, diciendo: "al Presidente nadie le toca." El Mayor Izquierda se separó rápidamente del grupo y trató de sacar también su arma, pero otro de los presentes, don Marcos Hernández que estaba junto al Presidente, o don Federico Montes, porque en esto varían los presenciales, le hizo un disparo, que lo mató instantáneamente.

La escena se había desarrollado ya en la puerta, y el grupo salió a la sala donde estaba la tropa. Al caer el señor Jiménez Riverol, don Enrique Zepeda disparó su pistola, y los soldados hicieron una descarga sobre el grupo; pero las balas no hicieron blanco. El Presidente, que se había inclinado al ver el movimiento de la tropa, avanzó, parapetándose violentamente tras uno de los sillones; el señor Zepeda disparó segunda vez y la bala hirió mortalmente a don Marcos Hernández. Todavía hubo algunos disparos que nadie pudo precisar quién los hizo; pero uno de ellos hirió en la mano al señor Zepeda.

El Capitán Montes, ayudante del señor Madero, se había colocado frente a la tropa y ordenaba terciaran armas, sacándolos del salón de la Presidencia, cuya puerta cerró rápidamente el señor Rodríguez Malpica, Jefe del Estado Mayor del Presidente.

El señor Madero juzgó que debía hablar personalmente

a la fuerza que estaba en Palacio y salió al balcón para arengarla, pero la actitud de unos rurales que había en la calle, se hizo sospechosa y acompañado de varias personas, entre ellas el Ministro de Gobernación, bajó por el elevador, dirigiéndose a los corredores del patio de honor. Allí estaba el Capitán Hernández, quien al ver al Presidente, pretendió detenerlo, pero el Capitán Garmendia gritó: "soldados, viva el Presidente de la República," y la fuerza presentó las armas. El Capitán Hernández se retiró violentamente al ver la actitud de la tropa. En esos momentos apareció el General Blanquete, densamente pálido, seguido de una veintena de soldados y tomando por un brazo al Presidente, lo introdujo en el Cuerpo de Guardia, diciéndole, "por aquí, por aquí, señor." Cuando apareció el General Blanquete en el Cuerpo de Guardia, los que acompañaban al Sr. Madero, al ver a Garmendia y a los Ayudantes, con las pistolas en la mano, habían gritado, "no tiren, no tiren," y el Presidente preguntaba a Blanquete, "¿pero por orden de quién?" "Pase usted, pase usted, señor," volvió a decir el Brigadier Blanquete. Ya dentro, le dijo: "acaba usted de matar a un hombre que vale mucho: es usted mi prisionero," y ordenó que en la puerta se situaran centinelas que vigilaran al Presidente y a los Ministros de Hacienda, Gobernación, Comunicaciones, Relaciones y Justicia, que habían entrado con el señor Madero en la misma pieza. El Presidente, que estaba muy nervioso, no cesaba de preguntar, "¿pero quién ha dado tal orden?"

El Vicepresidente, no había bajado con el señor Madero, sino que salió al corredor del patio central de Palacio y tomando por la escalera del Ministerio de Hacienda, se dirigió a la Tesorería, creyendo que esta oficina tenía salida para otra calle. Convencido de su error,

retrocedió para tomar la salida del Ministerio de Hacienda; pero allí fué alcanzado por un oficial que lo aprehendió y lo llevó donde estaba el Brigadier Blanquete, quien lo puso preso en el garitón del mismo cuerpo de guardia donde estaba el señor Madero.

El señor Bonilla, con mucha serenidad, había bajado también por la escalera de la Secretaría de Hacienda, pero paso a paso, y acompañado del Capitán Blázquez, Jefe de los Guardias Presidenciales, salió de Palacio y una vez en la calle, rápidamente se dirigieron al domicilio del señor Bonilla de donde éste, a los pocos instantes, salió para lugar más seguro.

Mientras en Palacio pasaban las escenas que acabo de relatar, en el restaurant Gambrinus era aprehendido don Gustavo Madero. Don Gustavo Madero había llegado al restaurant con los Generales Huerta y Delgado; allí encontró a los Generales Yarza y Sanginés y al Coronel Romero. Inmediatamente, como dije antes, el General Huerta se separó diciendo que regresaba a poco por lo que al sentarse a la mesa los demás comensales, se reservó el asiento que a él correspondía.

Acababa de salir el General Huerta, cuando llegaron los oficiales Luis Fuentes y Revilla, acompañados de veinte guarda bosques de Chapultepec. Entraron por diversas puertas, y con las armas preparadas rodearon a los concurrentes. El oficial Fuentes, apuntando con el revolver a don Gustavo Madero, le gritó: "manos arriba." El señor Madero, que fué el único que hizo movimiento, pretendiendo incorporarse, ante la intimación de Fuentes que le puso la pistola al pecho, y viéndose rodeado por los guarda-bosques que le apuntaban sus armas, comprendió que era inútil la resistencia; alzó las manos y se entregó. Inmediatamente se le colocó junto con los

señores Yarza y Delgado, en el guarda-ropa del restaurant, donde quedaron presos e incomunicados, y con centinelas de vista. Los señores Romero y Sanginés, desaparecieron en el momento de la aprehensión, sin que nadie notara cómo ni cuando, pues la atención de los aprehensores estaba concentrada en don Gustavo Madero.

A las once de la noche, el señor Madero fué conducido al Palacio Nacional y llevado, en el primer momento, a la pieza donde estaba su hermano don Francisco; pero a los pocos minutos lo sacaron y fué llevado a la Comandancia Militar. De allí, a las dos de la mañana, el oficial Revilla lo condujo en un automóvil a la Ciudadela, donde fué asesinado como relataré adelante.

Los señores Madero y Pino Suárez fueron trasladados cerca de las siete de la noche a las piezas destinadas para la Intendencia de los Palacios nacionales, situadas en el corredor Sur del Palacio de Honor. Allí estuvieron hasta el 22 en la noche, en que fueron asesinados. Allí también fué conducido esa misma noche el General Felipe Angeles, a quien se llamó a la Comandancia Militar para darle órdenes, aprehendiéndosele en cuanto llegó.



CAPITULO XLIII.

"UNA ORGIA DE SANGRE"

El Ministro de la Guerra fué aprehendido en su oficina y a petición suya conducido por una escolta al cuerpo de guardia, donde estaban presos el Presidente y los Ministros. Al llegar, la fuerza que custodiaba a los prisioneros, le hizo los honores correspondientes. El señor García Peña, dirigiéndose al oficial, dijo: salen sobrando esos honores." Saludó al Presidente y a sus compañeros, pero a pocos instantes, un ayudante de la Comandancia dió a la escolta orden de conducirlo a la Comandancia Militar, donde se le puso en libertad esa misma noche.

Como a las cinco de la tarde, el General Huerta se presentó en la pieza en que estaba el señor Madero, y al verlo, comenzó un discurso de esta manera: "Señor Presidente..." el señor Madero le interrumpió diciéndole. "Ah, todavía soy Presidente?"

El General Huerta de nuevo comenzó el discurso. "Señor ex-Presidente: Ya he dado cuenta al Senado y al Embajador Americano de lo que he hecho, y todos aprueban mi conducta. Desde que gané la batalla de Bachimba..." "Ya era usted traidor," le dijo el señor Madero, interrumpiéndole nuevamente. Ante esta nueva interrupción, el general Huerta perdió el hilo de su

discurso, y después de cierta vacilación, renunció a decirlo, despidiéndose. Dió la mano al señor Lascuráin, después al señor Hernández; pero al llegar al señor Madero, éste no se la estrechó. El General Huerta se la tendió entonces al licenciado Vázquez Tagle, pero éste, sin extender la suya, le dijo: "yo tampoco le doy a usted la mano, señor General." El General Huerta vaciló un momento, y dijo: "Dios guarde a ustedes," y se retiró.

A las siete de la noche fueron puestos en libertad los Ministros, ordenándose que los acompañaran a sus respectivos domicilios algunos oficiales, ayudantes de la Comandancia Militar. A don Ernesto Madero y a don Rafael Hernández, que salieron juntos, los acompañaron el Mayor de Rurales, Francisco Cárdenas y otro oficial. Cuando éstos regresaban de dejar a los Ministros, entraron en la casa de don Ignacio de la Torre (1) donde estaban reunidos varios caballeros, comentando los sucesos y a quienes Cárdenas refirió lo que había sucedido, agregando: "lo que no me explico es por qué está vivo todavía ese enano indecente;" se refería al Presidente de la República. Alguno de los presentes hizo una observación y Cárdenas repuso: "Que me den la orden y yo personalmente lo mato. Bastante daño ha hecho ese..."

Esa misma noche supo el General Huerta la postulación que Cárdenas había hecho de sí mismo para el cargo de verdugo en el Gobierno que se levantaba.

Al siguiente día el General Huerta mandó llamar al licenciado Lascuráin. Ya no pensaba en tener un nombramiento del Senado. Hizo ver al Ministro de Relacio-

(1)—Cárdenas tenía fácil acceso a la casa del señor de la Torre por haber estado de guarnición en la hacienda de San Nicolás Peralta, propiedad, de este señor, cosa de un año.

nes del señor Madero, que era indispensable que este señor renunciara para así legalizar la situación del nuevo Gobierno, diciéndole que el asunto urgía, antes de que los felicistas se repusieran y comenzaran a disponer de los presos, como habían hecho en esa madrugada con don Gustavo Madero; y refirió al señor Lascurain el trágico fin del hermano del Presidente. El General Huerta ofreció al señor Lascurain, que inmediatamente que renunciaran los señores Madero y Pino Suárez, saldrían para Veracruz, donde podrían embarcarse e ir en libertad al lugar del extranjero que escojieran.

El señor Lascurain, profundamente emocionado con lo sucedido a don Gustavo Madero, fué inmediatamente a ver al Presidente de la República, para exponerle el deseo del General Huerta. Ya con la misma misión, y por orden expresa del Jefe de la Plaza, había hablado con el señor Madero el General don Juvencio Robles, a quien se hizo salir de su casa donde estaba enfermo, con ese objeto. El primer impulso del Presidente al recibir la visita del General Robles, había sido violento, negándose por completo a renunciar; pero había acabado por calmarse y decir que hablaría sobre el particular con sus Ministros, exigiendo como condición esencial, que se le había de garantizar la vida, la del señor Pino Suárez y la del General Felipe Angeles que con él estaba preso y cuya suerte le preocupaba mucho. El General Robles había ofrecido transmitir esa conversación al Jefe de la Plaza.

La muerte de don Gustavo Madero había dado lugar a las siguientes escenas:

Don Félix Díaz y demás personas que intervinieron en el célebre pacto con el General Huerta, como relato en el capítulo relativo, había ido a la Embajada Ameri-

cana, y durante su ausencia comenzó la orgía en la Ciudadela.

Los que habían compartido con don Félix Díaz las penas de la decena trágica, creyéndose triunfadores, festejaban los acontecimientos bebiendo y cantando. Alguno propuso ir a quemar el periódico "La Nueva Era," que había sido el campeón del maderismo caído, cuyas oficinas, próximas al lugar, habían recibido algunas granadas durante el combate. Así se concluía la obra de destrucción comenzada durante la lucha. Un grupo de hombres salió, y momentos después, el resplandor de las llamas indicaba que el proyecto se había realizado.

La orgía estaba en todo su auge en el interior de la fortaleza, cuando don Félix Díaz regresó de la Embajada, después de firmar el pacto con don Victoriano Huerta. El alcohol ingerido, la alegría del triunfo, la excitación de las llamas, todo contribuía a que aquellos hombres se convirtieran en fieras. Imposible imponerles ningún respeto. Los amigos y partidarios asediaron a don Félix Díaz para que exigiera al General Huerta la inmediata entrega de los señores Madero (don Francisco) y Pino Suárez, que, según ellos, debían ser ejecutados inmediatamente en el recinto mismo de la Ciudadela.

Don Félix Díaz estaba callado; pero el General Mondragón, sin esperar a que resolviera, ordenó que uno de sus ayudantes fuera en un automóvil con un recado, pidiendo al General Huerta la entrega de los presos. El General Huerta se negó a ello. ¡Aún no firmaban la renuncia! Después de varios viajes del ayudante, con recados de uno a otro punto, a las dos de la mañana, el Teniente Revilla, de la Comandancia Militar, les llevó a don Gustavo Madero. Era una especie de transacción, un

anticipo que se daba a aquellas fieras para que esperaran los acontecimientos que Huerta estaba preparando.

Don Gustavo Madero llegó a la Ciudadela, en los momentos en que don Félix Díaz iba a acostarse, después de relatar a sus amigos lo sucedido en la Embajada Americana. El ayudante Revilla mandó decir al General Díaz que el General Huerta le ordenaba le entregara personalmente al prisionero. "Que se lo entregue a Mondragón," dijo, y se retiró para su cuarto. El General Mondragón, al recibir al prisionero, dijo al oficial Zurita, de la Escuela de Aspirantes, que con los señores Remes e Izábal estaban con él: "tengan a éste y háganle lo que ellos le hicieron al General Ruiz," y se retiró en seguida.

Zurita tomó del brazo a don Gustavo y aunque éste solicitaba hablar con don Félix Díaz o con el General Mondragón, se lo impidieron y a empellones se le sacó por la puerta principal a la plazoleta donde está la estatua del General Morelos. Al abrir la puerta, don Gustavo, que desde el principio comprendió lo que iba a pasar, se resistió aún más, y comenzó a hablar, tratando de convencer a sus verdugos. Asido al marco de la puerta, para poder resistir mejor a los que pretendían arrastrarlo, habló a aquellos hombres de sus hijos, de que él nada significaba, que jamás había tenido poder efectivo....; todo fué inútil; no lo dejaron seguir hablando, un aspirante le disparó la pistola, hiriéndole en el maxilar. El instinto de la propia conservación hizo al señor Madero llevarse el brazo izquierdo a la cara y buscar una salida; pero sólo dió unos pasos y se detuvo; apoyó la cabeza sobre el hombro izquierdo, reclinándose en uno de los furgones que estaban en la plazoleta. El dolor que le producía la herida debía ser muy fuerte, dada la expre-

sión de su semblante; pero no dijo una palabra; allí le alcanzaron hombres que salieron de la Ciudadela en su persecución, y que al verlo, dispararon sus armas, acribilándolo a balazos—su cadáver tenía 37 heridas.—Cuando lo vieron caer y se cercioraron de que estaba bien muerto, se arrojaron sobre su cuerpo y lo despojaron de lo que llevaba: sesenta pesos, tres cartas de su esposa, fechadas en Monterrey y un libro de apuntes que terminaba con estas frases: "todo está perdido. Los soldados no quieren pelear...."

Ebrios de sangre, aquellos hombres regresaron, exigiendo se obligara al General Huerta a entregar a los señores Madero y Pino Suárez. Don Félix Díaz estaba ya acostado y no pudieron hablarle; pero uno de los ayudantes va en automóvil a Palacio. Nuevamente se niega el Gral. Huerta a hacer la entrega y el ayudante regresa con la negativa, que es terminante. Entonces el licenciado Rodolfo Reyes dice: "Cuando menos que nos entreguen a Bassó, que mató a mi padre." (2) El automóvil parte otra vez para Palacio, y regresa más tarde conduciendo a don Adolfo Bassó, Intendente de las residencias presidenciales, quien se encontraba preso en la Comandancia Militar, pues había sido aprehendido, por delación de uno de sus subalternos, cuando fueron aprehendidos los señores Madero y sus Ministros. El señor Bassó, antiguo marino y Mayor de Artillería, retirado, inmediatamente se dió cuenta de lo que se trataba y digiéndose al General Mon-

(2)—La creencia en esos días era general, de que el señor Bassó había hecho funcionar las ametralladoras que tenía el General Villar cuando el nueve de febrero había muerto el General don Bernardo Reyes, y aún el mismo señor Bassó, parece que se jactaba de ello; pero en el parte rendido al Ministerio de Guerra no consta tal cosa.

dragón, le dijo: "No pido merced, yo no se las habría dado a ustedes."

El General Mondragón, impresionado con lo que había pasado con don Gustavo Madero, se dirige a don Paulino Ortega, que llega en esos momentos con una escolta de cincuenta hombres, de las oficinas del Cable, y le dice: "Paulino, que le formen cuadro, no se repita la escena de Ojo Parado."

Don Paulino Ortega, con la escolta que llevaba, condujo al señor Bassó al mismo sitio donde habían matado al señor Madero. Al ver Bassó el cadáver, se descubrió y dijo: "Pobre hombre."

—"Murió como un cobarde," dijo uno de los presentes. (3)

—"No podrá usted decir de mí lo mismo," le replicó Bassó, y adelantándose a la escolta, dijo: "permítanme ustedes que busque la estrella polar; ella me ha guiado en muchos de mis viajes; quiero verla frente a frente, al emprender el último." Buscó en el firmamento, y cuando la encontró se quedó viéndola; volvió a quitarse el sombrero y gritó: "Viva México, tiren. . . ." Se escuchó una descarga, y el cuerpo de don Adolfo Bassó se desplomó pesadamente. El doctor Izábal se acercó y ordenó que se le diera el tiro de gracia, aunque agregó: "Es inútil, está bien muerto." Pero siempre se le dió.

(3)—He transcripido textualmente las palabras que según las personas que me han informado de esta escena, fueron pronunciadas por los asesinos de don Gustavo Madero, porque ellas demuestran que ni aún después de muerto el jefe del Partido Constitucional Progresista, dejaron de tenerle encono sus enemigos. Por lo demás, la imputación de cobarde que se le hace, es notoriamente infundada. No es un cobarde quien toda la madrugada del nueve de febrero anduvo casi solo en un automóvil tratando de hacer abortar el movimiento, ni quien afronta los peligros como lo hizo don Gustavo Madero.

Pocas horas después, el hijo del General Mondragón llegó en un automóvil, conduciendo a otro preso. Era el señor Manuel Oviedo, Jefe Político de la vecina Municipalidad de Tacubaya. También ordenó el General Mondragón fuera fusilado, y a los pocos minutos lo fué, en el mismo lugar donde habían matado a don Gustavo Madero y a don Adolfo Bassó. Allí mismo fueron enterrados los cadáveres.

El diez y nueve en la mañana, al leer la noticia en los periódicos, don Angel Caso, amigo de don Gustavo Madero, se presentó en la Ciudadela acompañado de don Luis Aguirre Benavides, a recoger su cadáver. No había con quién entenderse, todavía estaban todos ebrios. (4) Por fin, pudo obtener una orden del señor Ocón, pero nadie la obedecía. Ocurrió a la Comandancia Militar y el General Blanquete le dió otra terminante. Tampoco pudo hacerla efectiva. Ocurrió entonces al General Huerta y éste envió a uno de sus ayudantes ordenando que se cumpliera inmediatamente lo dispuesto por el General Blanquete.

Comenzó la desagradable labor de desenterrar los cadáveres sepultados en el patio de la Ciudadela, para ver si entre ellos estaba el que se buscaba. Fueron desenterrados treinta y cuatro; ninguno era el de don Gustavo Madero. Hubo que abandonar la empresa.

El día veinticinco, el Consejo de Salubridad ordenó fueran desenterrados todos los cadáveres y llevados al Cementerio de Dolores. Informado el señor Caso de la orden, fué a ver los cadáveres; entre los extraídos del jardín reconoció el de don Gustavo Madero. A medio metro de profundidad, en un pequeño hoyo, tan pequeño que ha-

(4)—No me refiero a los jefes que estaban en la Ciudadela, pues ni don Félix Díaz, ni el General Mondragón, sé yo que se hubieran embriagado; sino a los subalternos.

bía sido necesario forzar el cuerpo para que cupiera; frente a la estatua de Morelos había estado enterrado el que fué Presidente del Partido Constitucional Progresista. El cadáver fué llevado con los demás al Panteón de Dolores, donde por fin le fué entregado al señor Caso, quien lo hizo enterrar en el Panteón Francés, donde reposa al lado de su hermano, el ex-Presidente. Allí, manos piadosas, a despecho de Huerta y sus esbirros, llevan constantemente flores, que son la protesta muda contra los atentados de que fueron víctimas. (5)

(5)—El señor Madero, al ser aprehendido, comprendiendo que se le despojaría de cuanto tenía, había escondido un fístol de brillantes, de bastante valor, que llevaba durante la decena trágica, en previsión de necesitar dinero violentamente, en la solapa de su jacuet. Al ser recogido el cadáver, el señor Caso, que conocía el hecho, buscó el fístol, que ya no estaba, pero pudo recoger el boleto de la casa de empeños donde un mozo del Panteón lo había llevado, recibiendo por la prenda dos pesos cincuenta centavos. El mozo, al ver que el señor Caso buscaba la prenda, le entregó el boleto que la amparaba.



CAPITULO XIV.

EL PACTO DE LA EMBAJADA

El Cuerpo Diplomático no podía quedar cruzado de brazos ante la situación. Es en estos momentos cuando juega papel importante un personaje siniestro que parece reunir en su espíritu, en aquellos momentos, todas las perversidades que el genio de Shakespeare repartió en los tres personajes más repulsivos de su excelsa labor artística: Yago, Shilock y Macbet forman una trinidad infame que encarna en un solo hombre en la hora dolorosa del Calvario porque pasan el señor Madero, el señor Pino Suárez y sus respectivas familias. Ese hombre es el Embajador de los Estados Unidos en México: su Excelencia, Mr. Henry Lane Wilson.

El Embajador Americano, desde el nueve de Febrero, había declarado que el Gobierno de Madero no existía, y había propuesto al Cuerpo Diplomático acreditado en México, el desconocimiento del Gobierno legítimamente constituido. Los representantes de las Repúblicas latino-americanas se opusieron y Mr. Wilson sólo tuvo a su lado, francamente, al Ministro de Bélgica, y tímidamente, al Ministro de Guatemala. (1)

Abortada la idea, sugirió el Embajador que se pi-

(1)—Sobre estos puntos puede verse el relato hecho por el señor Márquez Sterling, Ministro de Cuba en México, y publicado en "El Heraldo de Cuba," que confirma mi versión.

diera su renuncia al señor Madero, en nombre del Cuerpo Diplomático, como la única manera de restablecer el orden perturbado por el cuartelazo de Tacubaya. Pero ante la actitud que habían asumido los representantes de Chile y de Cuba, no se atrevió a hacer la proposición en forma, al Cuerpo Diplomático en pleno, sino que privadamente fué hablando a sus colegas. Cuando tuvo la aquiescencia de algunos de ellos, convenció al señor Cóllogan, Ministro de España, que era una labor humanitaria hacer llegar al Presidente de la República la impresión del Cuerpo Diplomático acreditado en México, de que debía renunciar el puesto, salvando así la sangre de tanta víctima que iba a haber.

El señor Cóllogan aceptó llevar al señor Madero la impresión, que, según Mr. Wilson, tenían los diplomáticos, y propuso al Presidente que renunciara el puesto. El señor Madero rechazó de plano la idea; si bien comprendió que al señor Cóllogan no lo movía ningún interés bastardo, y le encomendó gestionara un armisticio con los rebeldes.

El señor Cóllogan, además de la preocupación humanitaria que había hecho fructificar en su ánimo la sugestión del Embajador Americano, tenía otras razones para creer debido el paso que dió. Miembros prominentes de la Colonia Española, estaban comprometidos con el movimiento encabezado por don Félix Díaz, creyendo que el Gobierno del señor Madero llevaba al País al desastre y que su caída era indispensable para salvar los cuantiosos intereses que estaban en sus manos, bien por ser el producto de muchos años de trabajo o por estar confiados a su pericia y honradez.

Don Gonzalo Garita, que fué el encargado de recoger los fondos para sostener la rebelión de la Ciudadela,

la, ha dicho que de todos los comprometidos, sólo los españoles habían dado el dinero que ofrecieron; y aunque el hecho a mí no me parezca rigurosamente exacto, pues me consta que algunos mexicanos contribuyeron con su dinero para la rebelión, ello demuestra el interés que algunos españoles tomaron en la caída del Gobierno del señor Madero. (2) Y yo no los censuro por ello; en primer lugar, porque lo hacían para defender sus intereses que creían seriamente amenazados, y además, porque el español en México no se siente fuera de su patria, ni se considera, en la mayor parte de los casos, extranjero. En todas las fiestas patrias, figura al lado de los mexicanos, y entre los combatientes de la Ciudadela hubo catorce españoles, según datos fehacientes, obtenidos por la Legación de España.

El Embajador Mr. Wilson, durante la decena trágica, no perdió una sola ocasión de buscar dificultades al Gobierno, y de incitar a sus colegas para que le crearan diariamente conflictos, bien porque las balas caían en los edificios que ocupaban las legaciones, bien por-

(2)—Sobre esto de los fondos para la rebelión de don Félix Díaz, el señor William Bayard Hale, según noticia publicada en el "World" de Nueva York, ha dicho que los científicos que estaban en Europa, proporcionaron el dinero. El señor Hale está mal informado. Los científicos no dieron ni un centavo, ni podían darlo, porque don Félix Díaz siempre fué su enemigo. Prueba de ello, los ataques que "El Imparcial," dirigió a don Félix Díaz, cuando era Inspector General de Policía y la actitud de éste, cuando la plebe atacó las oficinas del periódico del señor Reyes Spíndola, pretendiendo incendiar el edificio. De Europa sólo fueron para la rebelión de Veracruz, cincuenta mil pesos, que parece envió don Guillermo de Landa y Esecandón, dinero que según se dijo, enviaba la esposa del General Díaz. Los fondos para el Cuartelazo de la Ciudadela, los proporcionaron los enemigos de los científicos, los felicistas, los reyistas y algunos españoles. Contribuyeron con pequeñas cantidades, algunos mexicanos, sin color político hasta entonces, por conducto de don Ignacio Bravo Betancourt.

que las tropas acampaban cerca de los edificios, o porque resultaban heridos, en las calles, algunos de sus nacionales.

El señor Lane Wilson no salió para nada de la Embajada, que era un foco de conspiración; pero jamás se expuso, ni por un momento, a recibir un balazo. En cambio, el Ministro Español estuvo constantemente en la zona peligrosa: su automóvil fué alcanzado diversas ocasiones por los proyectiles y perforado en dos distintos lugares por las balas que a él llegaron, cuando por indicación del señor Madero, fué a la Ciudadela a proponer un armisticio.

Cuando el Gobierno de Cuba envió el crucero "Cuba," al Puerto de Veracruz, el Embajador Americano hizo toda clase de esfuerzos para que desembarcaran los soldados cubanos que iban a bordo. Así quería buscar un conflicto internacional que le permitiera intervenir con la fuerza que estaba en los barcos americanos, y que el Presidente Taft había prohibido bajara a tierra, salvo que hubiera desembarco de tropas de otra Nación, o lo hicieran absolutamente indispensable los acontecimientos que se desarrollaban.

En la propia Embajada, en los sótanos, se había establecido una pequeña imprenta, que daba a la estampa una hoja diaria, hoja que alentaba a los revolucionarios, y que el Gobierno del señor Madero no pudo precisar dónde se imprimía.

Caído el señor Madero, la conducta del Embajador es impropia de un hombre culto.

El dieciocho de Febrero en la noche, reuniéronse en la Embajada algunos Ministros extranjeros, que deseaban saber la realidad de los acontecimientos. El señor Embajador no pudo recibirlos desde luego, porque es-

taba atendiendo a otras visitas. En uno de los salones de la Embajada, conversaban los Generales Victoriano Huerta y Félix Díaz en presencia del Embajador. Acompañaban al primero, los señores Enrique Zepeda y Joaquín Maass. Al Brigadier lo acompañaban los señores Rodolfo Reyes y Fidencio Hernández, estando también presente el Senador don Guillermo Obregón. Ahí se discutieron los términos en que quedaba pactado el reparto que del Poder hacían dos ambiciones frente a frente. Sucedió, como lo pinta la fábula y acontece siempre en tales casos; todo se lo llevó el león. El General Huerta discutió uno que otro nombre de Ministro, más bien por fórmula: así se quitó la Cartera de Hacienda a don Carlos G. de Cosío, para darla a don Toribio Esquivel Obregón, a quien ni consultaron, limitándose a enviarle un recado para que al siguiente día se presentara en el Ministerio de Gobernación a protestar.

Formada la lista, el Embajador Wilson, con ella en la mano, fué al salón contiguo, donde estaban los Ministros extranjeros esperándolo. Después de los saludos correspondientes, el Embajador les dijo: "Señores, los nuevos gobernantes de México, someten a nuestra aprobación el ministerio que van a designar, y yo desearía que si ustedes tienen alguna objeción que hacer, la hagan para trasmitirla a los señores Generales Huerta y Díaz, que esperan en el otro salón. Con esto demuestran el deseo que les anima de marchar en todo de acuerdo con nuestros respectivos gobiernos, y así creo firmemente, que la paz en México está asegurada." (3) Los Ministros se apresuraron a tomar copia de los nombres que

(3)—Como se comprende por el relato, estas noticias me fueron dadas por los Ministros que se encontraban en la Embajada y en cuya veracidad no puedo tener la menor duda. Desgraciada-

estaban en la lista, y al llegar al señor Garza Aldape, que figuraba en el Ministerio de Agricultura que se iba a crear, uno de los presentes lo objetó. "Este señor, dijo, es un ladrón." "El señor Garza Aldape, repuso el Embajador, no es más que un proyecto de Ministro." Nosotros, dijo el Ministro de Cuba, no creo que debamos rechazar ni aprobar nada, sino simplemente tomar nota de lo que se nos comunica y transmitirlo a nuestros gobiernos." La mayoría de los presentes apoyaron las palabras del señor Márquez Sterling, y el Embajador regresó al salón donde lo esperaban los señores Huerta, Díaz y personas que los acompañaban. El Embajador manifestó que los representantes diplomáticos no hacían ninguna objeción a los Ministros propuestos. Momentos después, los diplomáticos eran invitados a pasar al salón donde estaban los Generales Huerta y Díaz, y ante ellos, el licenciado Rodolfo Reyes, con gran énfasis, dió lectura a lo que el público ha dado en llamar el pacto de la Ciudadela y que mejor debiera designarse como lo hago yo: "El pacto de la Embajada."

Terminada la lectura del documento, el Embajador Wilson y los mexicanos presentes, aplaudieron. Inmediatamente, el General Huerta, alegando que tenía ocupaciones urgentes, se despidió. Intencionalmente había dejado al Brigadier Díaz para lo último, y al llegar a él, se detuvo un momento. Pareció que ambos vacilaban: Al fin Huerta abrió los brazos, y dos ambiciones contrarias se estrechaban, pensando, probablemente, en el momento en que pudieran destruirse una a la otra. Nuevamente

mente su posición oficial no les permitió autorizarme para dar sus nombres. Las palabras que pongo en boca del Embajador, fueron las que ellos me dieron y que tomé textualmente. Véase la nota al final de este Capítulo.

resonaron los aplausos en el salón, aplausos que otra vez encabezaba su Excelencia el Embajador Americano, Mr. Henry Lane Wilson.

El Embajador salió a despedir al General Huerta, acompañándolo hasta la puerta. Al regresar, en el vestíbulo de la Embajada, encontró a don Félix Díaz quien, con sus acompañantes, se había despedido de los diplomáticos. Al ver Mr. Wilson al Brigadier Díaz, exclamó: "Viva el General Díaz! salvador de México." Los que acompañaban al Brigadier respondieron: "Viva!" e invitados por el Embajador, pasaron al comedor, donde les ofreció una copa de champagne. ¡¡Aún vivía Madero y todavía no firmaba su renuncia!

Los diplomáticos extranjeros habían oído todo lo ocurrido: oyeron el chocar de las copas, los vivas dados en el vestíbulo, y el estruendo del tapón al dejar libre el espumoso Champagne. Uno de ellos hizo la observación de que era extraño que no se les hubiera invitado también para aquel acto; pero el Encargado de Negocios del Japón, agregó: "Mr. Wilson sabe bien a quiénes invita para estos casos."

Al reunirse el Embajador Americano con sus colegas que sólo lo esperaban para despedirse, todos ellos, casi a un tiempo, exclamaron: "No irán estos hombres a matar al Presidente?"

—"Oh no, dijo Mr. Wilson, a Madero lo encerrarán en un manicomio: el otro sí, es un pillo, y nada se pierde con que lo maten."

—No debemos permitirlo dijo inmediatamente el Ministro de Chile.

—Ah, replicó el Embajador, en los asuntos interiores de México, no debemos mezclarnos: allá ellos que se arreglen solos."

Nadie dijo una palabra. Silenciosamente a los pocos momentos, abandonaban los representantes extranjeros la Embajada Americana. Al traspasar el umbral del edificio, ya en la calle, uno de ellos dijo: "Es curioso este Embajador: cuando se trata de dar auxilio a un jefe rebelde y que bajo el pabellón de su Patria se concierte el derrumbe de un gobierno legítimo ante el cual él está acreditado, no tiene inconveniente en intervenir, ser testigo del pacto y aún discutir las personas que formarán el nuevo gobierno, sin que le preocupe si se trata o no de asuntos interiores del País; pero cuando se trata de salvar la vida a dos personajes políticos, a quienes la traición y la infamia quizá, están disutiendo la manera de matar, encuentra que su posición de representante de una potencia extraña, no le permite intervenir, aunque sí califica, a raja tabla y con notoria indiscreción, a los gobernantes del País ante quienes está acreditado."

—"Tiene usted razón replicó otro de los Ministros, quizá eso sea un capítulo secreto de la doctrina Monroe, que aún no llega a nuestro conocimiento. Y ya que habla usted de indiscreciones, agregó: ya no habrá hoy hojita?"

—"Para qué, replicó el interpelado, ya hoy habrán trasladado la imprenta a lugar más cómodo."



CAPÍTULO XLV.

"LA RENUNCIA DEL PRESIDENTE"

El diez y nueve de febrero en la tarde, fueron convocados los miembros del Cuerpo Diplomático, por el Embajador, para darles a conocer la comunicación del General Huerta, en la que participaba la caída del Gobierno de Madero. El Embajador leyó la nota del General Huerta, y al mismo tiempo, la contestación que había formulado, en la que se reconocía al nuevo Gobierno. Los diplomáticos rechazaron el proyecto de Mr. Wilson y resolvieron esperar al día siguiente, para contestar la nota, pues habían llegado a ellos muchos rumores, y no sabían en realidad quién encabezaría el Gobierno que iba a suceder al caído.

El Embajador, habiendo fracasado ante sus colegas, dirigió sus esfuerzos a que el señor Madero renunciara.

Los padres del infortunado Presidente le dirigieron una nota, pidiéndole interviniera, como Jefe del Cuerpo Diplomático, para salvar la vida de sus hijos.—En esos momentos aún ignoraban que don Gustavo había sido asesinado en la madrugada,— y suplicaron al Ministro de Cuba y al Encargado de Negocios del Japón, entregaran personalmente el oficio al Embajador, encareciéndole convocara inmediatamente a sus colegas para que la acción se ejercitara en nombre de todos.